

**Palabras de saludo del
Ex Ministro Presidente Prof. Dr. Bernhard Vogel
Primer Congreso Nacional de Doctrina Social de la Iglesia
Viernes, 6 de mayo 2011
Rosario, Argentina**

Al tomar en este momento el micrófono siento la tranquilidad de saber que estoy en un país cuyo poeta más ilustre, Jorge Luis Borges, dedicó una "***Oda al idioma alemán***". Lamento no poder dirigirme a ustedes en la lengua nacional y verme obligado a recurrir a ese "***rumor de selvas y de noches***" como Borges describiera con tanta sensibilidad el alemán. No es mala voluntad sino el desconocimiento del español.

No por ello es menos cálido mi saludo a todos ustedes. Todo lo contrario. Siento en estos momentos una sincera admiración. La decisión de la Conferencia Episcopal Argentina y otras instituciones católicas de realizar un Congreso sobre la Doctrina Social de la Iglesia despierta expectativas en Argentina y en el exterior.

Como representante de una Fundación que desarrolla actividades en todo el mundo, que se esfuerza por orientar su trabajo en función de esta Doctrina e intenta transmitir esa misma vocación a otros, me permitiré recomendar a otras entidades que imiten esta destacada iniciativa argentina.

Doscientos años después de los "***primeros gritos libertarios***" se manifiestan en el país de los grandes libertadores José de San Martín y Manuel Belgrano una vez más señales con proyección de futuro.

A comienzos del siglo XX la Doctrina Social de la Iglesia se inserta en el debate sociopolítico, en nuestros esfuerzos por encontrar respuestas a las cuestiones pendientes de solución al presente.

En 1848, el obispo de Maguncia, Wilhelm Emmanuel von Ketteler, convocó a la Iglesia a definir su posición de cara a las necesidades del mundo y, en particular de los trabajadores, con el advenimiento de la era industrial. Más tarde se convirtió en el padre de la Doctrina Social Católica y el fundador de un importante partido popular. El Papa León XIII lo llamaría su “**gran predecesor**”. Ese mismo año Karl Marx, oriundo de Tréveris, proclamaba en la ciudad de Colonia su “Manifiesto Comunista”.

Si los alemanes no nos hubiéramos dejado embaucar por las doctrinas de la gracia terrena del nacionalismo y una parte de mi patria no hubiera sido víctima del comunismo ni nosotros, ni el mundo habría tenido que vivir padecimientos terribles. Nuestras experiencias con los totalitarismos finalizaron en la parte oriental de Alemania apenas dos décadas atrás con la caída del Muro de Berlín.

Mi juventud -nacé en 1932- transcurrió en una Alemania Occidental de posguerra que ante la catástrofe total, incluso moral, recurrió nuevamente a los conceptos éticos y también religiosos, hallando consuelo y consejo en la doctrina cristiana social, económica y política, venciendo todas las divisiones sociales, políticas y religiosas. El éxito alcanzado superó todas las expectativas. Los constituyentes que aprobaron nuestra actual Constitución, La Ley Fundamental, crearon un ordenamiento que estuvo sustancialmente influenciado por los principios de la Doctrina Social Católica, una influencia que se refleja en particular en el enunciado central de nuestra Constitución: “la dignidad del ser humano es inalienable”.

Nuestras experiencias en la Alemania de posguerra indican que una sociedad humana sólo puede desarrollarse sobre la base de una imagen del hombre consistente. La Doctrina Social de la Iglesia se-

ñala que ***la persona es sujeto, principio y fin de toda política social.***

El hombre creado por Dios a su semejanza, es el centro de la política, la economía y las ciencias. Al desarrollo integral del hombre debe subordinarse todo lo demás.

Felizmente, el siglo XX terminó en Alemania con el triunfo de la libertad y la democracia sobre la opresión y el despotismo, con la victoria del obispo Ketteler y el Papa León XIII sobre Karl Marx. En el siglo XXI se trata de transformar ese triunfo en un logro permanente. No podemos dar automáticamente por descontadas la democracia y la libertad. La cuestión social cobra creciente intensidad en todo el planeta, incluida América Latina.

En América Latina no existe falta de consenso básico a favor de la democracia liberal como forma de gobierno. La mayoría de los latinoamericanos señala a la democracia como sistema político superior, si bien estos guarismos muestran lamentablemente una tendencia declinante en términos generales. Existe, sin embargo, el peligro de que vastos sectores de la población afectados por la pobreza y la desigualdad de oportunidades dejen de relacionar la libertad y la democracia con una mejora de su situación individual, haciéndolos más permeables a otras propuestas políticas.

Las sociedades democráticas enfrentan el desafío de demostrar que la democracia y la libertad son más capaces que cualquier otra forma de estado, incluidos el populismo y el autoritarismo, de solucionar los problemas centrales que nos aquejan: lucha contra la pobreza, educación y ascenso social, así como participación de los jóvenes.

Combatir la pobreza resulta difícil sin una gestión de gobierno confiable, sin un Estado de derecho firmemente arraigado y en un con-

texto de corrupción. En las raíces del subdesarrollo hay también causas políticas.

La solución ideal no existe, pero este Congreso señala el camino hacia una orientación espiritual y ética integral. Es una tendencia que los obispos argentinos delinearon algunos años atrás en un documento tan notable como fue ***Hacia un Bicentenario en Justicia y Solidaridad.***

La Fundación Konrad Adenauer está dispuesta a acompañarlos en este camino. Hago votos para que el primer Congreso Nacional de Doctrina Social de la Iglesia culmine con el mayor de los éxitos y deseo a vuestro país un futuro venturoso.